

MOURANT (John A.): *Cartesian Man and Thomistic Man*, en «The Journal of Philosophy», LIV, 12, 1958 (págs. 373-383).

Se refiere continuamente el autor, a lo largo de su trabajo, al libro de Albert G. A. Balz *Cartesian Studies*, N. Y., 1951, que entre otros temas se refiere al eterno problema de la naturaleza del hombre.

Afirma Balz que el hombre tomista está estructurado en un plano tan dualista como el cartesiano, aunque los planos mismos son diferentes en algún detalle.

Déscartes, según el mismo Balz, atribuye unívocamente la humanidad tanto al alma como al cuerpo, ya que ambos elementos sus sustancias y están igualmente presentes en el hombre. Esta dualidad sustancial significa una clara disyunción teórica en la unidad del hombre.

Mourant afirma, sin embargo, que en el hombre tomista no sucede así, puesto que la unidad sustancial del hombre no está invalidada por la sustancialidad de sus componentes, a pesar de la interpretación de Balz.

La posición tomista es la de que el alma es entidad subsistente, pero su referencia al cuerpo se efectúa en unidad superior, donde el alma es *forma* del cuerpo, y por tanto su estructura natural está por encima del nivel en que el cuerpo es, a su vez, sustancia entitativa. Pero ello sin identificar al hombre con el alma, cosa que hizo Platón, y aceptada por los idealistas, incluyendo a Déscartes. Aunque sí hay que afirmar que la modalidad sustancial del cuerpo es distinta de la del alma: pues el cuerpo tiene entidad sustancial porque tiene del alma naturaleza sustancial. Insiste Santo Tomás en que el cuerpo no es una sustancia tal que pueda definirse como esencia por el hecho de estar unido al espíritu. De este modo la unidad del hombre permanece, a pesar de las distinciones que se introducen en su estructura unitaria.

Aunque el análisis tomista sea inadecuado a las pretensiones extrametafísicas de conocer el hombre en otro plano y en la ciencia, sin duda que su explicación metafísica del hombre nunca deja de demostrar que lo capta como unidad.—A. S.

WUNDT, (M.): *Die geschichtlichen Grundlagen von Leibniz' Metaphysik*, en «Zeitschrift für Philosophische Forschung», XI, 4, 1957 (págs. 497-503).

Los fundamentos históricos de la Metafísica de Leibniz se observan, entre otros aspectos de la formación y actuación del gran filósofo alemán de la «Aufklärung», en su propósito de poner de acuerdo Estado e Iglesia no sólo en Alemania, sino en toda Europa. Leibniz sintió la historicidad concreta de su tiempo y vivió en ella, por lo que, en cierto modo, su Metafísica monadológica se encuentra condicionada por esta admirable vivencia suya de lo concreto histórico.

El cientifismo ilustrado de Leibniz no intercepta su vitalismo historicista, antes bien, sabe integrar ambos en una síntesis superior: su Metafísica. Pensamientos y valores se completan en ella.

Tres factores a tener en cuenta en la Metafísica de Leibniz con fundamentos historicistas —vérités de raison vérités de fait—: Primero, tradición medieval escolástica; segundo, platonismo; tercero, naturalismo de la época. Y el cartesianismo, Pitágoras, Galileo y otras influencias: realismo y nominalismo. Incluso el neoplatonismo de Plotino puede entrecerse en la concepción metafísica de Leibniz, cuyo historicismo debe más al naturalismo de la época, al inductivismo baconiano, que a las demás direcciones citadas. Místicos como Böhme y Weigel pudieron influir en su protestantismo catolizador y en su Metafísica histórica. Entre los racionalistas, no sólo Déscartes, sino también Gassendi, más propiamente renacentista que Déscartes y por tanto más decidido a integrar lo inductivo histórico en lo deductivo metafísico.—E. S.

WELLS (Rulon): *Leibniz Today*, II, en «The Review of Metaphysics», X, 3, 1957 (págs. 502-524).

Los estudiosos actuales tienden a dar una suma importancia a los elementos cronológicos, tanto en los filósofos antiguos como en los modernos. Las diversas etapas vitales de los diversos autores se van trabando de acuerdo con un estudio pormenorizado de cada una de ellas. Recordemos el libro de Kabitz



*Die Philosophie des jungen Leibniz*, de 1909, en que ya se recoge esta tendencia. De aquí la preocupación por pormenorizar y encuadrar las influencias sufridas por los distintos autores. En este sentido cita el autor del presente artículo el libro de Gorges Friedman *Leibniz et Spinoza* (París, 1946). Se admite que la influencia de Espinosa se ejerció sobre todo en los primeros años, es decir, en lo que ya se denomina «Joven Leibniz».

Quizá el libro más importante sea el de Gaston Grua *Jurisprudence universelle et Théodicée selon Leibniz* (París, 1953). Grua analiza desde textos hasta hace relativamente poco no conocidos la noción del ser, dando por bueno que el filósofo acepta la univocidad. Según Grua, Leibniz rechaza la analogía tomística. El mismo autor sostiene que Leibniz rechaza la conexión entre ontología y lógica, con lo que se separa de Aristóteles y da lugar a una nueva orientación filosófica. De aquí la cuestión principal planteada en el libro de Grua. ¿Es Leibniz un esencialista? Grua se inclina a admitir un esencialismo que implica la prioridad a la existencia. De esta tesis es fácilmente inducible un cierto panteísmo, que los autores modernos descubren cada vez más en Leibniz.

Bruner en su libro *Études sur la signification historique de la philosophie de Leibniz* (París, 1950) y Velabail en su obra *Pour connaître la pensée de Leibniz* (París, 1952), consideran a Leibniz como un filósofo típicamente moderno. El segundo autor intensifica particularmente el análisis biográfico.

Lewis en la edición de la obra *Letres de Leibniz a Arnauld d'après un manuscrit inédit* (París, 1952) y Alexander en su edición de la correspondencia Leibniz-Clarke, contribuyen a la averiguación pormenorizada de la biografía del filósofo, y esta última colección de cartas ayuda a comprender las relaciones entre Leibniz y Newton.—E. T. G.

KETCHAM (Ralph L.): *J. Madison and the Nature of Man*, en «Journal of the History of Ideas», XIX, 1, 1958 (págs. 62-76).

En el primer libro de su *Política* dice Aristóteles que lo que toda cosa es cuando se desarrolla cumplidamente podemos llamarla su naturaleza, a lo que

añadió su famosa frase de que el hombre es por naturaleza un animal político.

Examinar en el Presidente americano Madison el influjo que pudo tener la doctrina de la naturaleza humana es el objeto del artículo de R. L. Ketcham. Madison tiene fe en la virtud e inteligencia del hombre y en su consecuente aptitud para gobernar sus negocios. Sin embargo, su actitud no es propiamente optimista, sino que más bien oscila entre el escepticismo y el pesimismo.

En sus cartas, discursos, etc., Madison pone de relieve que su concepción del hombre es más pesimista que optimista. El autor del artículo califica de casi hobbesiana una frase de Madison en la que se refiere, en la crisis de 1793, a las grandes pasiones del alma humana: ambición, avaricia, vanidad, deseo de gloria, fama; todo lo cual está en principio en contra de la gran obligación humana, la paz.

En su *Federalist Paper*, que T. V. Smith llamó «un profundo y minucioso punto de vista sobre la naturaleza humana en sí misma», no deja de acentuar su criterio sobre ella: ambivalencia, fragilidad de la naturaleza humana.

La naturaleza humana es contradictoria: buena y mala a la vez, libre y sujeta, en lo que Madison sigue las líneas generales de la concepción anglosajona que se conoce con el nombre de «enlightenment». Así se advierte la influencia de Locke sobre Madison, y también la de David Hume. Antiguas fuentes que actúan sobre el pensamiento de Madison: Platón, Aristóteles, Tucídides.—E. S.

NOBLE (David W.): *Carl Becker: Science, Relativism, and the dilemma of Diderot*, en «Ethics», LXVII, 4, 1957 (págs. 233-248).

Desde el discurso presidencial de Carl Becker en la Asociación de Historia Americana, publicado en 1932, se inicia, según el autor, el tema constantemente discutido de la relatividad histórica dentro del mundo histórico. El problema central que Becker planteó es el de si la historia tiene una objetividad que permite constituir la como un conocimiento científico independiente del historiador, en la medida en que los hechos que sirven al científico son inde-